

En el Corazón de Cristo siempre

CENTENARIO DEL NACIMIENTO

Luis María Mendizábal Ostolaza, S. J.

1925 – 2025

OCTUBRE

*«Todo redimido por Cristo,
tiene que ser redentor con Cristo»*

ÍNDICE

1.- Adelante	4
2.- Vivir de veras con Cristo Vivo	5
3.- Transparencia de un corazón: Ha brillado con la luz del Corazón de Cristo	7
4.- Textos escogidos	13
4.1.- Tu vida es preciosa	
4.2.- Ofrece tu vida	
5.- Santo del Mes: San Margarita M. ^a de Alacoque	46
Oración para la devoción privada	50

1.- ADELANTE

- 2.** La vida espiritual es vivir de veras con Cristo vivo. La vida real de cada día vivida a la luz de la fe.
- 257.** Se nos borra la verdad de que «hemos venido a dar la vida por el Señor».
- 524.** La santidad es dejarse y darse. No hay tiempo para ti.
- 748.** Si todos nos ofreciéramos con Cristo se salvaría el mundo.
- 786.** Tú eres don. Unos son don Fulanito, otros son don Menganito, pero tú no. Tú eres don.

2.- VIVIR DE VERAS CON CRISTO VIVO

4. 54. «¿Quieres venir conmigo?». Una invitación de amor, una invitación que no quiere forzar, que no quiere chantajear, sino lealmente. ¿Quieres venir conmigo? ¿Quieres ayudarme a realizar este proyecto que es el proyecto del Padre, que es el que me ha encomendado el Padre, el mandato que he recibido de mi Padre? (...)

Él te invita de esta manera y llama en tu corazón, con estas palabras, invitándote a esta empresa, a ser redentor con Cristo. ¿Quieres ser redentor conmigo Redentor? Cristo resucitado es el que me invita de hecho así. Todo redimido por Cristo está invitado por Él a ser redentor con Él, participando de Él, como Él.
(Ejercicios Fraternidad 1989, 18ª Med.)

4. 56. ¿Cómo podemos nosotros colaborar a ello (a la redención) concretamente? En primer lugar con la oración. Tenemos que pedir continuamente. San Pablo lo recalca a los cristianos pidiendo que se hicieran oraciones, porque realmente ese trabajo con el cual nosotros tratamos de construir este mundo no se realiza de una manera mecánica, es siempre obra de redención, por tanto, obra de la

gracia de Dios, y debe estar acompañada de una oración continua. (...)

Podemos añadir más: hay que trabajar. (...) Decía san Pablo: «La caridad de Cristo nos urge, nos aprieta». No podemos caer en pereza, sino debemos trabajar. (...) Somos responsables de esta sociedad que se está construyendo, y no basta con decir que las cosas están mal, porque tenemos obligación de construir en lo que podamos. Tenemos que tender hacia una sociedad en que reine Cristo, una sociedad conforme con los principios evangélicos. (...)

Pero hay otro aspecto al que me refiero en ese texto del capítulo 9 de la Carta a los Romanos: es ofrecer nuestras vidas. Ofrecer nuestras vidas, no se trata de cosas trágicas o difíciles, es el sentido cristiano. En el sentido cristiano, tal como lo expresa el canon de la Misa, somos y debemos ser, como fruto de la Eucaristía, «víctimas vivas para su alabanza», o también «ofrenda permanente», o como decía san Pablo en la Carta a los Romanos (capítulo 12): «Ofreced vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios».

(Cursillo Año de la Redención 3)

3.- TRANSPARENCIA DE UN CORAZÓN

«HA BRILLADO CON LA LUZ DEL CORAZÓN DE CRISTO»

El P. Mendizábal ha sido apóstol del Corazón de Cristo no solo en España. Conocemos su destacada y ardiente colaboración en el Instituto Internacional del Corazón de Jesús, preparando congresos, como los de Múnich, Bogotá, Paray-le-Monial, Roma, Toulouse... a los que acudían teólogos de gran altura.

No podemos pasar por alto aquel Congreso de Toulouse en el verano de 1981, a continuación del Congreso Eucarístico celebrado en Lourdes. A dicho Congreso fue invitado el entonces cardenal Joseph Ratzinger, que en el prefacio de su libro *Miremos al Traspasado* narra lo que le ocurrió:

«En la paz del convento dominicano de ese lugar, pude entonces elaborar mi ponencia, que para mí se convirtió en una ocasión para repensar la Cristología, más que hasta ese momento, desde el aspecto de su apropiación espiritual...».

En aquellos congresos el P. Mendizábal se gastaba y desgastaba por hacer comprender a nivel teológico que el misterio del Corazón de Cristo no es un apéndice de la cristología, sino que toda la cristología podía ser estudiada y explicada a la luz del

Corazón de Cristo. Lo repetía una y otra vez: «Más que presentar toda la teología sobre la legitimidad del culto al Corazón de Jesús a manera de apéndice de la cristología, se trata de presentar la cristología misma a la luz del misterio del Corazón de Cristo. Y lo mismo vale de la pastoral y de la catequesis».

«El P. Mendizábal es una de las personalidades que han llenado la segunda mitad del siglo XX en España en el campo eclesial, afirma Mons. Demetrio Fernández, sobre todo en el campo de la espiritualidad... Siempre ha brillado con la luz del Corazón de Cristo. A medida que se ha ido ocultando, ha mostrado mejor la belleza de ese Corazón que tanto ha amado a los hombres. Prefería obedecer en silencio, porque obedecer le situaba más escondido en el Corazón de Cristo, y desde ahí bombear todo su amor a la Iglesia, a la Compañía de Jesús, y a todo el que se ha acercado hasta él».

Hablando del P. Hoyos dijo en alguna ocasión: «Quizás la eficacia de la extensión del culto al Corazón de Cristo está unida al escondimiento de su apóstol. Y eso hemos de procurarlo mucho. No pretender ser *personajes* donde estamos».

(Págs. 85-89)

«OFRENDA DE LA VIDA. SILENCIO DE SÍ»

El padre Mendizábal tenía una máxima que repetía en sus charlas, homilías o conversaciones

espirituales: «No quejarse nunca de nada, ni de nadie, ni de sí mismo, ni por dentro ni por fuera». Era su manera de vivir la santidad como *a lo tonto*, sin que nadie se enterase, aunque sería mejor hablar de vivir la santidad *a lo divino*, ¡al estilo de Jesús!

Esto que intentó inculcar en los demás, lo vivió él en un grado heroico. Iremos viendo desde los detalles pequeños de la vida cotidiana hasta culminar en el silencio oblativo de su sacrificio antes de morir.

No quejarse de nada

Nunca se le oía decir el comentario tan común entre las personas de: ¡qué calor! o ¡qué frío hace! A este respecto una persona contaba cómo un día de verano, de calor asfixiante, entró a entrevistarse con él en su cuarto. Exclamó: «¡Padre!, ¿no te mueres de calor en esta habitación?». Al punto, él encendió la refrigeración, que hasta entonces había mantenido apagada. Ella, confusa, le dijo: «No lo enciendas por mí, que no lo necesito»; a lo que él respondió: «¡Pues, no haberlo dicho!». Y comenzaron la conversación.

En los días de Encuentro con las Hermanas, después de estar reunidas cerca de dos horas con él y siendo alrededor de cien hermanas, el calor iba en aumento. En ocasiones se le notaba sudoroso, pero nunca expresaba queja ni ademán de desabrocharse la chaqueta. Tal como la llevaba al llegar, así la mantenía hasta el final...

Cuando venía a los Encuentros de las hermanas, su ritmo, ¡hasta los noventa y dos años!, era sorprendente. Se levantaba a las cinco de la mañana y, salvo un breve descanso tras la comida, se mantenía en pie hasta las diez de la noche, que nos dejaba para rezar Completas y acostarse. Excepto el tiempo de la Santa Misa y los ratos largos de comedor y sobremesa, el resto lo dedicaba a la atención espiritual de las Hermanas: ¡lograba hablar con casi todas en cinco días!

Muchas veces, cuando llegaba a la cena su rostro tenía un deje de cansancio, pero seguía manteniendo la mirada sonriente y acogedora a quienes cruzábamos la mirada con él. Y tras la cena, siempre dispuesto a comentarnos algo, contar anécdotas, chistes...

A veces nos preguntábamos: ¿Cómo podrá seguir hablándonos, con el día que lleva?... En él se hacían realidad aquellas palabras de Jesús: «Nadie me quita la vida, yo la doy» (Jn 10,18).

Si supo ser heroico en ese *no quejarse de nada*, lo supo ser también en:

¡No quejarse de nadie!

Nunca se le escuchaban comentarios negativos o quejas de personas, acontecimientos, situación política, modos de pensar... Cuando escuchaba lamentos de lo mal que estaba el mundo decía: «No podemos extrañarnos de que las tinieblas sean

tinieblas. La salvación no está en lamentarse sino en ser nosotros luz».

Un Padre que trabajó con él veinticinco años decía que jamás le escuchó hablar mal de sus superiores, aceptando siempre sus decisiones como venidas de la mano del Señor. ¡Solo el Señor sabe de su entrega silenciosa y su renuncia a proyectos que llevaba muy en su corazón!

La vida comunitaria se ve sometida a veces a roces, incomprensiones, malos entendidos. El papa Francisco suele hablar del «terrorismo de la vida religiosa» cuando se da ese hablar mal unos de otros, esos *chismes* entre hermanos.

El padre no pronunciaba palabras de menos aprecio de sus hermanos de comunidad; ni cuando estaba en Madrid ni en Toledo, ni en su última etapa en Alcalá. Muchas veces solía decir: «Para no hablar mal de nadie, no hay que pensar mal de nadie, rechazando los pensamientos de desestima como se rechazan los pensamientos contra la pureza». Así se le veía a él: ni en sus palabras ni en sus gestos manifestaba desestima de ninguna persona.

Junto a esta máxima de no quejarse nunca de nada, de nadie, ni de sí mismo, estaba la versión positiva que brotaba en lo íntimo de su corazón: «Señor, mejor así, gracias». ¡Cuántas veces nos recordaba esto: ante cualquier situación costosa, no solo no quejarse, sino ¡un plus de amor!: «Jesús, mejor así, gracias».

Silencio de sí, serenidad

Quienes estábamos cerca de él deseábamos saber datos de su vida, de sus experiencias espirituales...

Compañera de este olvido de sí, era su serenidad ante las contradicciones. A lo largo de su vida tuvo que afrontar no pocas dificultades, vivió situaciones de las que aprietan el corazón, y en todas ellas manifestaba una firme confianza en el Señor. ¡Era su punto de apoyo y equilibrio interior!

Así se le veía siempre sereno, con esa serenidad impregnada de mansedumbre y humildad de quien *sabe de quién se ha fiado* (cf. 2 Tim 1,12).

«En uno de los Encuentros de JRC, el padre llegó un poco más tarde. Jorge Pueyo había ido a recogerlo al aeropuerto. Venía de Colombia. Cuando lo vimos pasar a una cierta distancia, Jorge nos comentó: "¡Míralo, no ha tenido tiempo ni de afeitarse!... Pero, ¡nunca dirá de dónde viene!".

En sus cientos y cientos de tandas de Ejercicios, con frecuencia se marchaba antes de que se rompiera el silencio de Ejercicios. Cuando muchos hubieran querido darle las gracias, charlar con él... ¡él ya no estaba! ¡Se había marchado sin hacer ruido!».

(Págs. 273-280)

4.- TEXTOS ESCOGIDOS

4.1.- TU VIDA ES PRECIOSA

XII Jornada AO Toledo
22 de octubre de 1994
Quintanar de la Orden (Toledo)

Voy a dirigiros unas palabras que no merecen el título de conferencia, sino una expansión del corazón.

Creo que es el último acto que tengo así público como Director nacional del Apostolado, porque voy a dejar ya el cargo. Yo hubiese querido que hoy estuviera aquí el que me va a suceder, un padre de Sevilla, joven, que no tiene todavía 40 años, lleno de energía. Y yo espero que vaya a dar gran impulso al Apostolado de la Oración de España. De todas maneras, en cuanto se puede prever, el relevo se hará dentro de unos 15 días o 3 semanas. Y después de 25 años dejare la Dirección Nacional, con mucho agradecimiento a los colaboradores y a todo el mundo que me ha ayudado en esta tarea. Yo vendré destinado a Toledo. Me voy a sentir más cercano en cierto sentido que antes, porque me sentiré en la Diócesis de Toledo para trabajar apostólica y pastoralmente en ella.

Entonces, viene a ser un poco como un cierto testamento, testamento del Apostolado de la Oración, en el 150 aniversario. Voy a tratar de exponer, y ojalá

consiguiera hacerlo lo que son los puntos fundamentales del Apostolado de la Oración, lo que debéis cuidar particularmente, otros aspectos que también pueden ser importantes, pero derivados, y unas ciertas pautas, tal como en este momento se presenta el horizonte del Apostolado de la Oración.

D. Antonio Sainz Pardo esta mañana, en su homilía, que ha sido preciosa y muy bien estructurada, presentaba el Apostolado de la Oración. Y ha comenzado por el momento inicial de aquellos jóvenes estudiantes. Podemos decir que lo propio del Apostolado de la Oración es lo que podemos llamar una espiritualidad laical, entendiéndola de esta manera. La Iglesia recientemente insiste mucho —y hemos de tomarlo como algo dirigido a cada uno de nosotros— en el llamamiento universal a la santidad. **Todos estamos llamados a la santidad.** Todos hemos sido incorporados a Cristo y todos tenemos que llevar a cumplimiento el proyecto de Dios sobre cada uno de nosotros. Y eso no se realiza sin nuestra colaboración.

Nosotros hemos recibido la santidad ontológica en el Bautismo sin contar con nosotros. Lo hemos recibido pasivamente, como hemos recibido también el ser pasivamente, sin que se haya contado con nosotros, pero no se realiza la plenitud de la santidad sin nuestra colaboración. Por eso creo que en todo cristiano tiene que haber la convicción y el propósito y la determinación de esa santidad. Supongo que la tenéis todos, mayores y jóvenes. Pero, ¿sabéis que nos pasa? Que muy frecuentemente creemos que para la santidad hace falta hacer cosas raras. Y entonces, la

gente tiene una vida que vive, pero que parece que separa de la santidad. Y entonces suele decir: —Es que yo no hago nada; yo estoy en casa o estoy en mi profesión, yo trabajo desde la mañana hasta la noche, luego tengo que volver a la familia, atender los hijos, estar ahí, ¡y no tengo tiempo para la santidad! —Entonces, ¿qué necesitarías para la santidad? —Pues yo necesitaría, yo creo, tendría que tener unas circunstancias especiales, hacer Ejercicios, dedicarme a la oración, dedicarme a la penitencia, y así iría a la santidad. ¡Qué equivocación! ¡Qué equivocación! **La santidad la tenemos que realizar en la vida de cada día.** Y esto hay que tragárselo. Son fenómenos muy curiosos. A veces en la familia, no se arreglan marido y mujer, ellos se pegan..., (así tenemos que santificarnos), se pegan allí en casa y luego van a la Adoración Nocturna por la noche. ¿Es qué es malo ir a la Adoración Nocturna? ¡Es muy bueno! Pero la santidad está en que en casa os entendáis bien, no lo que luego añadido yendo a la Adoración Nocturna simplemente, como si eso fuese la santidad, sino ¡en la vida de cada día! Este es el gran principio del Apostolado de la Oración.

En el caso de aquellos jóvenes estudiantes, querían salvar almas yendo a las misiones, y entre tanto se enfadaban por los estudios que hacían, que decían que eran muy aburridos y lo que hacía falta era ir a predicar a la misión de la India, del Asia. Y aquel director espiritual que ellos tenían, les dice claramente: «Para salvar almas no hay que buscar condiciones especiales, sino vivir las que el Señor nos da, donde el Señor nos coloca. Y por eso ahora podéis

salvar almas, no haciendo lo que estáis haciendo de descuidar el presente pensando en el futuro, sino ¡aprovechando el presente con sus características concretas!». ¿Veis? Ahí está el gran principio del Apostolado de la Oración.

En el Evangelio hay una lección que es impresionante: es la vida oculta de Jesús, en el capítulo 2º de *san Lucas*. Son apenas dos versículos y se dice: «El Niño crecía en edad sabiduría y gracia», ¡y nada más! ¿Dónde está la gran lección? Que en una vida común, vida de familia, vida de trabajo: «el Niño crecía en edad sabiduría y gracia». Que para crecer en santidad no hay que salir del ambiente donde el Señor nos coloca, sino en ese ambiente, en esa vida matrimonial, en esa vida familiar, en esa vida profesional, en esa vida en la sociedad en la cual nos encontramos, tenemos que crecer, día a día, en edad, sabiduría y gracia. Y esto es el Apostolado de la Oración.

Cada uno de nosotros. La gran lección es: la vida de cada uno de nosotros es muy importante, cosa que no nos lo creemos. «La gran lección —dice el P. General, que es el Director General del Apostolado de la Oración, en el mensaje que escribió con ocasión de los 150 años y que aparece en la revista *Reino de Cristo* en el número de noviembre de la revista *Reino de Cristo*—, la gran lección es está que la vida de cada hombre marginado, niño, anciano, enfermo, minusválido, es preciosa para la salvación del mundo. Esta es la gran lección. ¡La vida de cada uno de vosotros y de vosotras es preciosa!, ¡es efficacísima para la salvación del mundo! ¿Tanto como la vida del

misionero que trabaja en la misión? ¡Tanto como ella! ¡No menos, si el amor con que se vive es igual o mayor! ¿Veis? Esta lección es importantísima. ¡La vida de cada hombre es preciosa! ¡La vida del niño es preciosa!

Habéis reflexionado que, cuando la Virgen quiere ayudar a la humanidad para su salvación y se muestra en Fátima, lo hace mostrándose a unos niños y enseñándoles el Apostolado de la Oración. Lo que enseña la Virgen a los niños de Fátima es el Apostolado de la Oración: ofrecer sus obras, ofrecer su vida, rezar, hacer sacrificios por la conversión de los pecadores, por la salvación del mundo, hacer apostolado. Y es la vida de unos niños, el mayor de los cuales tiene 10 años, unas vidas que nosotros no consideramos, a veces, importantes para la salvación del mundo. Y la Virgen va a buscar esas vidas: la vida de Francisco, de Jacinta, de Lucía. Esa es la vida, ¡esto es precioso! Ahí estoy viendo alguna niña por ahí, y le digo: —Pero esa vida tuya es preciosa. A la manera de niños, no queramos hacer de ellos unos vejestorios, a la manera de niños. Y jugaban ellos también, sí, pero es preciosa, sí. Y hay que enseñarlo a los niños y que el niño ya tiene que santificarse y salvar almas. Y lo mismo en cualquier etapa de la juventud, de la adolescencia, en el proceso normal de su vida: lo que importa es la calidad de esa vida, esa vida vivida con un corazón como el de Jesucristo. Esto es lo que nosotros tenemos que hacer.

El P. General dice pues, hablando de este mensaje fundamental para todos nosotros, dice: «La vida de cada uno es preciosa, la vida del marginado,

la vida del que está olvidado de la gente, la vida del enfermo es preciosa. Pero por otra parte la actividad apostólica más organizada y aparentemente potente, es ineficaz, si no se vive con esa actitud de ofrecimiento y de entrega de amor». ¿Veis?, el complemento, las dos cosas son importantes. ¿Es que no hay que hacer esta actividad y esa organización? Hay que hacerla, pero si no se vive con ese espíritu, no es más eficaz, sino que, absolutamente, no es eficaz para la conversión de los demás ¿Veis? Este es el gran mensaje, mensaje del Apostolado de la Oración. Se apoya, consiguientemente en el valor apostólico de la oración: pedir mucho, pedir mucho y unirnos todos.

¡Mira qué hermosura es esto, ver aquí estas comunidades, estos diversos pueblos de esta zona de la diócesis de Toledo, que están unidos con unos ideales comunes! Que no se prenda hacer una asociación más al lado de otras, que lo que pretende es que todos los hombres y mujeres, y los niños y las niñas, y los enfermos y las enfermas, ¡todos!, viviendo su vida y viviendo el movimiento al cual pertenecen, pero lo ofrezcan y pidan por esas intenciones del Corazón de Jesucristo.

El Señor tiene un Corazón inmenso y tiene unas preocupaciones, podemos llamarlas así, y unos deseos y unos anhelos de salvación del mundo, y nosotros ¡queremos colaborar con Él! Y sentirme en todo momento asociado a Cristo en esa tarea de salvación del mundo, con un corazón como el de Él, que no se ahogue en las pequeñeces de cada momento, en las pequeñeces egoístas, en la cual uno,

muchas veces, uno se pierde; sino que tenga ese horizonte grande ¡salvar el mundo! ¡Tenemos que salvar este mundo! Y a eso podemos contribuir todos. Pedir, Rezar, pedir. Y pedir por esas intenciones. Y nos unimos todos en esas intenciones. Valor apostólico de la oración.

San Pablo repetía a los cristianos a los que escribía: «Pedid continuamente para que yo hable con valentía la Palabra de Dios, para que la Palabra de Dios corra y fructifique». Hace falta oración, pedir, pedir. Tenemos que hacernos mendigos de la gracia de Dios, **mendigos de la salvación del mundo**. Y entonces, cuando una persona, un hombre, una mujer es consciente de esto, entonces todo el día se le va como en una especie de día y noche pidiendo, pidiendo la salvación del mundo. No reduciéndome a mis problemas personales, sino el horizonte universal de la salvación del mundo. **Valor apostólico de la oración.**

Segundo principio intrínseco: valor del ofrecimiento de la vida. Nosotros tenemos una vida. El amor verdadero es el amor que da la vida. **El vivir mismo ofrecido es redentor**, el vivir mismo ofrecido.

Si nos fijamos en Jesús, toda la vida de Jesús fue salvadora, toda la vida. Desde que entró en este mundo, dice la *Carta a los Hebreos*, que dijo: «Padre, no has querido holocaustos ni sacrificios, pero me has dado un cuerpo. Aquí vengo para cumplir, oh Dios, tu voluntad» Quiere decir: no aceptas sacrificios de animales, pero me has dado una vida humana, un ser humano, «aquí vengo para ofrecerme», ofrecerlo al Señor.

Pues bien, ese ofrecimiento Jesús lo mantuvo siempre, porque cuando se trata de ofrecimiento de amor, el ofrecimiento de amor es irreversible. Es entregarse en amor y entregarse a los designios de Dios. Y entonces Jesús, en toda su vida, se mantuvo siempre ofrecido, sin revocar ese ofrecimiento, sin echarse atrás de él. Y cuando pasan los momentos difíciles, Él mantiene su ofrecimiento hasta la Pasión y hasta la Cruz, y así nos salva. Pero lo que da valor... Fijaos, el valor no lo tiene el sufrimiento, no pensemos de una manera maniquea. El sufrimiento como tal, no tiene más valor que la alegría. Lo que tiene valor es el ofrecer en amor el sufrimiento que el Señor permite en nosotros. Pero es esa actitud del corazón la que vale. Que el sufrimiento yo lo ofrezca, que yo ponga amor. Que el amor sea capaz de asumir ese sufrimiento que el Señor permite en mi vida. Y entonces, yo no me echo atrás en mi ofrecimiento, sino que lo mantengo. Y es ofrecer la vida, ofrecer la vida con Jesús. Ofrecimiento, **valor redentor del ofrecimiento de la vida.**

Y por fin, el **Corazón de Cristo**, el Corazón de Jesús bien entendido. ¿Qué es el Corazón de Jesús? Es Jesús que nos abre su Corazón. ¡Y esto es grandioso! Entonces, es vivir en cristiano, vivir la amistad con Cristo, la amistad con Él. La verdad es que Cristo está vivo, Jesucristo está vivo. Tenemos que tratar con Él como Persona viva que es. En la Eucaristía no hay una reliquia, no es que haya una imagen, ¡está Él vivo!, Él con su Corazón palpitante.

Entonces, ese Corazón palpitante de Cristo que me ama, en primer lugar me da esa seguridad de que

me ama. Pero, ¿cuándo me ama? Como dice Jesús en el evangelio: «Ya no os llamo siervos, os llamo amigos». Cuando llama así y os ama, ¿por qué os llama amigos? Dice: «Porque todo lo que el Padre me ha comunicado Yo os lo he transmitido a vosotros». Quiere decir: ‘Yo os llamo amigos, sois mis amigos. Y yo no tengo secretos von vosotros’. Es abrir el corazón, abrir. ‘No tengo secretos, os he descubierto los designios del Padre, os he descubierto los planes del Padre, los caminos del Padre. No tengo secretos’. Y es verdad que el Señor quiere no tener secretos con nosotros y nos invita a esa intimidad.

Pero cuando atraídos por ese Corazón que se nos abre, cuando nos dice el Señor como a Tomás: «Trae tu mano y métela en mi costado» —así nos dice el Señor, porque en Jesús y en el costado abierto de Jesús se nos ha hecho tangible el amor de Dios—, cuando Él te dice, en ese espíritu interior, no de una manera meramente física, pero cuando te dice: ‘Trae tu mano, en fe, en el tacto de la fe, y métela en mi Corazón’. Como diciéndonos: ‘¡Toca mi amor, toca mi amor!’. Que toques así cuando veas a Cristo Crucificado vivo: ¡que toques mi amor! Entonces yo le digo: «Señor mío y Dios mío». Y yo me entrego también a Él, me entrego.

Y al entregarme a Él, cuando Él me descubre ese amor, me descubre también su anhelo de Redención del mundo. Y mientras me muestra su Corazón y veo en Él, como un ansia grande de Redención, es, digo, parecido a cuando en el amor humano, una joven siente el amor que le tiene un joven noble, de grandes ideales y le muestra ese amor.

Y cuando cae en la cuenta y cuando se abre a ese amor, entonces entiende los proyectos ideales de ese joven que no es simplemente un intimismo con ella, sino es hombre de grandes ideales, que tiene grandes proyectos. Y entonces, al amar, pues sintoniza con esos ideales y con esos proyectos.

Eso es lo que nos pasa a nosotros con Jesucristo. En la vida de oración, en la vida eucarística, en el sacramento, nosotros nos acercamos al Corazón abierto del Señor. Y el Señor, abriéndonos su Corazón, nos muestra sus proyectos, sus planes de salvación, y nos comunica a nosotros ese mismo horizonte de salvación universal. Por eso, cuando una joven se enamora de un joven de grandes ideales, se levantan los ideales de esa joven, porque participa de ellos en la fuerza del amor.

Pues bien, esto es la vida cristiana. La vida cristiana no es una cuestión meramente intelectual. **La vida cristiana es un sintonizar con el Corazón de Jesucristo** y, sintonizando con Él y contando con Él, **¡abrirse a los horizontes del Corazón de Jesucristo!** Y entonces nos hacemos grandes. Es muy hermoso, que en todas estas comunidades, que en todos estos pueblos, encontremos estas personas que tienen este horizonte grande, que tienen esa oración continua y ese anhelo de salvación de la humanidad. No solo del pueblo donde viven, no solo de la diócesis de la cual somos parte, sino del mundo entero: de los paganos, de los habitantes de Asia, de Oceanía. Todos nos interesamos por todo, porque Jesucristo se interesa por todo.

Y eso, en la amistad con el Señor, en la verdadera amistad con Él. Esto es grande. Porque la amistad no es simplemente que yo admire a Jesucristo, que yo tenga un sentimiento de respeto al Señor, de entusiasmo por Él, sino que la amistad quiere decir relación de amor mutuo. ¿Veis? Esta es la diferencia entre amor simple y amistad. Si el Papa, Yo le pregunto a cualquiera de vosotros y de vosotras: —¿Quieres al Papa? Me dirá: —Yo le quiero mucho al Papa. Pero si le digo: —¿El Papa es tu amigo?, ¿tú tienes amistad con el Papa? Dirá: —Hombre, amistad, amistad..., es mucho decir que el Papa sea amigo mío, pero yo le quiero mucho. Pero ¿veis la diferencia? Yo lo quiero mucho, pero no puedo decir 'soy su amigo', no es que tengamos amistad entre los dos.

Pues bien, para la vida cristiana no basta tener entusiasmo por Cristo. Es necesario caer en la cuenta de que Cristo es mi amigo, mi amigo. Él me ama a mí, yo le amo a Él. Como dice san Juan: «En esto consiste el amor, no en que nosotros le amemos a Él, sino que Él primero nos amó a nosotros».

¿Veis? Este es el mensaje del Apostolado de la Oración. Para vivir esto no hace falta que uno tenga que ser miembro de una asociación determinada. Sea cual sea la agrupación a la que uno pertenezca, lo puede vivir esto: puede vivir esa oración unida al Papa, por la Iglesia entera, el ofrecimiento de la propia vida según la vocación de cada uno de nosotros. Porque en el fondo, no hacemos más que recalcar aspectos que son fundamentales de la vida cristiana, pero que se pueden ir apagando, si no los mantenemos siempre vivos: la amistad con el Señor,

la entrega de amor, el ofrecimiento de la vida, las intenciones de Cristo en la Eucaristía. Por eso, el Apostolado subraya principalmente dos verdades fundamentales de la vida cristiana: el sacerdocio común y la Eucaristía.

El sacerdocio común. Estamos insistiendo mucho en ello, a partir del Concilio sobre todo, y en los documentos recientes del Papa sobre *los cristianos laicos*, siempre parte del sacerdocio común. Por el Bautismo todos somos sacerdotes de verdad de verdad. Hay un sacerdocio ministerial en la Iglesia que es lo que solemos llamar comúnmente 'los sacerdotes', pero todo cristiano es sacerdote, participa del sacerdocio de Cristo. ¿Y para qué es sacerdote? **Para ofrecer la Eucaristía.** En la Eucaristía no somos puramente pasivos. En la Eucaristía la Iglesia y nosotros, miembros de la Iglesia, ofrecemos el sacrificio de Cristo. El sacerdote ministerial es el que confecciona y sacrifica, pero nosotros, todos los miembros de la Iglesia, ofrecemos el sacrificio de Cristo. Por lo tanto, todos somos sacerdote, capacitados por el sacerdocio para ofrecer la Eucaristía. Segundo, para **ofrecer nuestra vida con Cristo en la Eucaristía.** Esta verdad tenemos que potenciarla: somos sacerdotes, yo ofrezco mi vida con Cristo.

Segunda verdad que insiste mucho el Apostolado de la Oración, es **la Eucaristía, eucaristizar la vida.** La Eucaristía, ¿en qué sentido? En el sentido que las actitudes de las cuales hemos hablado, las actitudes fundamentales, tienen que ser formadas en nosotros por la Eucaristía. ¿Dónde

tendremos la actitud sacerdotal?, ¿dónde tendremos el amor para ofrecer nuestra vida?, ¿dónde tendremos ese horizonte universal con el Corazón de Cristo y como el Corazón de Cristo? ¡Por la Eucaristía! La Eucaristía es la que pone dentro de nosotros las disposiciones de ofrecimiento, de amplitud de mundo, de horizontes. La Eucaristía. En la Eucaristía recibimos a Cristo que se inmola por nosotros. En la Eucaristía Cristo se da a nosotros, se da. En cada comunión, Cristo abraza al que comulga dándose a él. En la Eucaristía Él se sacrifica, se ofrece en sacrificio y nos comunica a nosotros esas disposiciones. Es necesario pues eucaristizar nuestra vida.

Y esto lleva luego como a una especie de orientación de la vida hacia la Eucaristía. Y eso es muy propio del Apostolado de la Oración. A saber, primero frecuencia, participación en la Eucaristía. Si es posible ¡cada día!, cuanto sea posible. ¿Por qué? Porque anhele esa visión de la vida y esas disposiciones que a través de la Eucaristía comprendo y se me comunican. Por tanto, participación en la Eucaristía. Participación con esas disposiciones, uniendo mi ofrecimiento al de Cristo, sabiendo que a la Eucaristía llevo yo mi vida y mi persona y la ofrezco allí con el Señor. El día que va a comenzar y el día que ha pasado, los pongo ahí en el Corazón del Señor.

Eucaristizar nuestra vida: las visitas a la Eucaristía. El espíritu del Apostolado de la Oración lleva a eso, a no dejar solo al Señor cuando Él está en la Eucaristía. Es verdad que Él no está como en una

cárcel, eso es verdad, pero está ahí su amor ofrecido a nosotros. Donde quiera que está el Sagrario, está el Señor, como está ahí en esa capilla, y está como diciendo: «Toma y come, esto es mi Cuerpo entregado por ti». Y nosotros pasamos de largo sin escuchar esa palabra que es la Eucaristía. Y nos alejamos, nos vamos, prescindimos de Ella. No nos aprovechamos de las riquezas inmensas de amor que están acumuladas en la Eucaristía y dejamos que esa invitación se pierda. Tenemos que acudir a ella: visitas al Señor.

Y otra cosa más, procurar que en cierto modo la Eucaristía este como presente en vuestra vida, donde quiera que estéis. Es una práctica muy hermosa, en esa línea de eucaristización de la vida, que desde vuestra casa, desde donde este vuestra casa, sepáis orientaros. Algo así como sucede con la brújula. El principio de la brújula, es esa aguja imantada, que uno la deja encima de la mesa, la cambia de posición, pero al poco tiempo se coloca apuntando hacia el Norte, hacia el Norte, porque ahí está la atracción del imán y va hacia el Norte. Pues bien, que vuestra vida sea como un imán de la fuerza del amor de Jesús en la Eucaristía. De tal manera que en todo momento seáis como una brújula: que en la habitación donde yo estoy trabajando, yo pueda decir: ¡por allí está el Sagrario!, ¡por allí está el Sagrario! Y que yo tenga como una especie de vuelo hacia el Sagrario, de prontitud hacia el Sagrario. Que en toda la ciudad esté presente ese Sagrario en los corazones de todos vosotros, que estáis entorno a Él, en el pueblo en el cual habitáis. ¿Veis? Eucaristizar la vida.

Y ahora, sin cansaros demasiado, una última idea que puede dar mucha luz también. El P. General, en su mensaje, tiene una expresión que confieso que me ha gustado mucho y me ha sorprendido, porque en el fondo yo la venía repitiendo muchas veces. Y así nos suele gustar a nosotros: ver que otros formulan lo que nos ha parecido bien también a nosotros. Hace esta observación el P. Kolvenvach, dice: «Siempre el mensaje del profeta es más importante que el profeta». Esto es también muy importante: el mensaje del profeta es lo importante, no que nos detengamos en cultivar la persona del profeta, lo cual sucede a veces. Hay a veces manifestaciones, pues yo qué sé..., de mensajes del Cielo, apariciones pretendidas, lo que sea, y la gente se entusiasma más con el profeta que con el mensaje. —El mensaje es que hay que hacer penitencia, el mensaje es que hay que orar, ese es el mensaje. —No, nosotros vamos al sitio, allí donde está, donde se ha hecho la cosa, y a ver si vemos a la persona misma que lo ha recibido, y la veneramos y la cultivamos. Es más importante el mensaje que el profeta, importante. Y añade: «El Apostolado de la Oración no es importante». ¡Pues mira!, ¡y eso nos dice el Director General! «El Apostolado de la Oración no es importante, es importante que todos los hombres y mujeres vivan ese espíritu». ¿Veis lo importante que es esto?

¿Qué quiere decir con esto? Que el Apostolado de la Oración, como estructura, como estructura, como asociación, como organización, no es lo importante. Podrá ser importante, es decir, hay que cuidarlo, pero bien conscientes de que esto no es lo

importante. Hoy día nos pasa algo parecido. Si os fijáis, en muchas cosas lo importante es la burocracia. Va uno a ciertos centros, centros a veces parroquiales o diocesanos, y aquello es una maravilla, una maravilla. Tienen todos los sistemas modernos de informática, no falta nada, están las últimas máquinas de todos los tipos... Y uno dice: —Bueno, y todo esto ¿para qué?, ¿para qué? ¿La gente vive más la vida de gracia?, ¿se confiesan más?, ¿van a los sacramentos? Dice: —Hombre, eso no, pero desde luego la organización es fenomenal. ¡Pues no nos sirve para nada! Lo importante no es la organización, lo importante es el fruto de las almas, lo importante es la vida de gracia, la vida de comunión con Cristo.

Pues bien, en el Apostolado también es algo parecido. Yo he estado en la Dirección Nacional todos estos años, no creo que hay una inflación de organización, creo que no la hay; pero hay que insistir mucho, y os lo digo también a todos vosotros y a todas vosotras, que nunca os contentéis con decir: —Los del Apostolado somos 100, y nos reunimos una vez al mes, y bien, tenemos un actos muy hermosos. ¡Que no os contentéis con eso! ¡Que eso es para que seáis instrumento para que todos los del pueblo, de la parroquia, de la comunidad, vivan ese ofrecimiento! ¡Que lo extendáis! ¡Que no es lo importante que haya otros 100 miembros del Apostolado! ¡Es importante que me podáis decir: —En nuestra parroquia se vive el espíritu de ofrecimiento, se tiene! ¡Y la gente tiene ese corazón!

Os lo digo de una manera muy práctica a los que estáis en los pueblos. Digo esto como una especie

de testamento: las hojitas del Ofrecimiento del Apostolado, las vais a pedir a Madrid o a la diócesis o a la dirección diocesana, y dice: —Pues somos 120 los miembros del Apostolado de la Oración, mándenos 120 hojitas de ofrecimiento. —¡No nos entendemos demasiado bien! —Deberías pedir tantas, cuantos son los habitantes del pueblo, para colocarlas en el banco de la Iglesia, para que la gente conozca el valor de ese ofrecimiento. Y procurar, en lo posible, que los mismos párrocos expliquen el valor del ofrecimiento. No precisamente del Apostolado de la Oración, el valor del ofrecimiento, el valor de esa vida ofrecida, el valor de esos sacrificios hechos, el valor de la eucaristización de la vida, el valor de sacrificio y del dolor ofrecido. ¡Que la gente lo entienda! Y si conseguimos de esta manera, aunque sean 20 del Apostolado de la Oración como organización, pero que hagan vivir el pueblo entero ese espíritu, eso habrá sido ideal, porque el Apostolado de la Oración tiene que tener una misión profética, profética en este sentido: transmitir el mensaje de la importancia del sacerdocio común, del ofrecimiento de la vida, de la oración apostólica, vivida con corazón redentor como el Corazón de Jesucristo.

Pues bien, este es el mensaje que yo os dejo en esta charla, en este pueblo abierto —como me decía D. Marcelino—, abierto como la llanura en medio de la cual existe, en esta Iglesia de Quintanar de la Orden, que parece que es aptísima para esto, para que comprendamos la grandeza de un corazón que no tiene límites, para que entremos en el Corazón de

Jesucristo y nos ofrezcamos con Él y como Él por la Redención del mundo.

Que la Virgen nos acompañe en esta tarea, que es muy hermosa. Yo no dejare de vivir este espíritu, aun cuando cese de mi oficio, naturalmente, pero los que sigan después, detrás de mí y que trabajarán en este camino, estoy seguro de que encontraran en todos vosotros y en todas vosotras unos colaboradores perfectos, para llevar a cabo los ideales que el Corazón de Jesús desea realizar en vosotros y por vosotros. Que así sea.

4.2.- OFRECE TU VIDA

Residencia de ancianos
22 de mayo de 1992
El Barco de Valdeorras (Orense)

Me parece un lugar espléndido, un sitio muy bien cuidado, muy bien atendido, donde viven señoras y señores que se han recogido aquí, donde, a la edad en que nos encontramos también nosotros... Porque yo también soy un jubilado. No prácticamente, porque estoy al frente de la Dirección Nacional, pero sí por edad. De manera que me siento, en ese sentido, muy cercano a vosotros.

He visto esta casa preciosa, que está aquí, en este lugar encantador, con el cuidado del Patronato que va poniendo esas plantas, árboles, cuidando todo el entorno. Y me daba la impresión de que un lugar así, no tiene que ser un convento, claro está, y por lo tanto, no voy yo a proponer que se convierta en un convento, pero tenía la impresión de que se puede convertir en una central católica de la energía espiritual para la transformación de toda la zona.

Yo veo que os mueven, os llevan de aquí para allá. He visto el anuncio de una asamblea en el mes de Junio de toda la región, de todas las zonas limítrofes. Y todo eso me parece estupendo, ¡estupendo! Todo lo que sea ayudaros a que este estar

aquí sea grato, sea un modo de proceder humano, me parece que es loable, laudable, me parece muy bueno. Pero quizás no siempre se os invita a hacer algo muy importante.

Fijaos que lo que se pretende es cuidaros. Pero no podemos evitar, los que estamos en esta edad, una cierta impresión de que estamos un poco al margen de la sociedad, no podemos evitarlo. Tenemos sí, edificios, y tenemos lugares muy buenos, espléndidos, pero en cierta manera suele haber esta impresión de que lo que teníamos que vivir, lo hemos vivido, que ahora se trata de cómo pasar el tiempo, de ocuparlo bien, de estar lo más feliz posible, pero como recibiendo los servicios de los demás. Se llama así, oficialmente, nuestra edad: edad más de sociedad pasiva, pasiva. Ya no nos consideran activos. Ya no somos nosotros los que contribuimos a la sociedad, sino más bien, los que recibimos ahora de la sociedad. Y a nadie se le ocurre pues pedir una contribución vuestra, a no ser que tengáis mucho dinero. Y entonces os pidan, a ver si podéis invertirlo en algo de economía.

Y sin embargo, yo vengo aquí hoy a deciros una cosa: que vuestra vida no se ha terminado, ni mucho menos, que tenéis por delante lo más importante que hacer. Os queda por delante. Y vengo a pedirlos —no vengo a traeros cosas—, vengo a pedirlos, a pedirlos algo que podéis dar, y que sería de un fruto extraordinario si lo sabéis dar y lo podéis dar. Por lo

tanto, se trata de una proyección de futuro, como se llama hoy en día, de visión positiva.

Entonces, ¿qué es lo que yo os vengo a pedir y os pido? ¿Dinero? No, no, no tengáis cuidado, que no vengo a pedir dinero. **Vengo a pedir una cosa: ¡que ofrezcáis vuestra vida!** Vuestra vida, con sus gozos y con sus molestias, que la ofrezcáis al Señor. Él os la pide, ¡os la pide! Y os la pide porque es muy preciosa y vale mucho. Y porque solo ofreciendo esa vida vuestra se podrán obtener frutos que, de otra manera, no se obtendrían nunca. Entonces comprendéis lo que yo os decía: que veía aquí como una central nuclear, aquí, como una potencia que está aquí dentro, que quizás no está aprovechada, y que si logramos aprovecharla va a producir una energía espiritual enorme.

El AO no lo consideréis —como yo voy a hablar ahora del AO—, como una asociación simplemente que fomenta ciertos ejercicios, ciertas prácticas, ¡no! El AO lo que fomenta es enseñar a todos los hombres el valor de su vida para servicio del Señor. Muy sencillo, muy sencillo.

La gran obra de Dios es la Redención del mundo, salvar al mundo. Dios creó la tierra, creó el universo. Últimamente, en las comunicaciones que se nos ha hecho de los últimos avances científicos, se nos habla del *Big-bang*, del comienzo del universo, de aquel instante, al instante, pero mucho, son unos 10^{-43} , es una septuagemillonésima de segundo que

explotó la Tierra, que explotó aquel núcleo pequeño, y salió todo este universo que ha empezado a girar, de Galaxias... Y dentro de eso, ¡está la Tierra!, y en la Tierra ¡el hombre! ¡Y el hombre rodeado de vida! Esto es la creación. Esa es una obra grande de Dios: la Creación. Y eso es obra del amor de Dios.

Dios nos amaba, Dios nos colocaba en medio del universo para disfrutar del universo, como en medio de un jardín donde ha puesto tantas maravillas. Es obra del amor de Dios. Dios te ama. ¡Dios ama a cada uno de vosotros, a cada una de vosotras!

Pero la obra de la Redención, después de la caída del hombre, es la obra del amor misericordioso de Dios, el amor misericordioso. Y la Redención, la Encarnación del Verbo, Jesucristo, es la revelación del amor misericordioso de Dios a nosotros. Es la verdad, como dice san Juan, «el amor que el Padre nos tiene entregando a su Hijo para nuestra salvación». Y en ese amor misericordioso, que es el amor al hombre que ha sido infiel a Dios, que no agota el amor de Dios, sino que se vuelca en misericordia, ese amor quiere que el hombre participe de la vida de Dios, del amor de Dios, que el hombre entre en la intimidad de Dios, que el hombre goce de lo que es la vida de Dios, tenga esa vida eterna, infinita, que tenga el disfrute total de la vida divina. Y no solo eso, sino quiere además que la humanidad entera cambie, que

la humanidad entera sea como una sociedad en la que el principio que la rige sea el amor.

Vosotros tenéis una gran ventaja, vosotros habéis tenido la experiencia de la vida. Y la experiencia de la vida os ha llevado a comprender cuánto egoísmo hay en el mundo, en el corazón del hombre. ¡Cuánto egoísmo! A través de los años de vida se encuentra uno con muy pocas personas que no sean egoístas. El egoísmo es el motor de todo el proceso del mundo, capitalista o no capitalista, pero es el egoísmo. Entonces, es necesario que a ese egoísmo le sustituya el amor, el amor. En la vida de familia, en la sociedad, el amor. Que realmente haya unión entre nosotros con el verdadero amor que nos hace ser serviciales hacia los demás. Esta es la Redención de Cristo. Cristo se ha hecho hombre para cambiar nuestro corazón, para poner en nosotros un corazón nuevo y, para que, participando de la vida divina, tengamos entre nosotros una sociedad nueva, la sociedad del amor, la civilización del amor. En eso estamos empeñados. Y en eso está empeñada la Iglesia.

Ahora bien, ¿cómo se realiza esa Redención? Pues bien, esa vida se comunica a los hombres a través de los que la tienen. No es que Dios haga milagros y obre de manera, por hilo directo con cada uno de los hombres, sino los que hemos recibido la Redención, la salvación, tenemos que comunicarla a los demás, transmitirla a los demás. Es la humanidad

que ha recibido la Redención, es la Iglesia, la Iglesia de Cristo, la Santa Madre Iglesia. Y nosotros todos somos miembros de esa Iglesia y hemos recibido la Redención. Si hay tantos que no conocen a Cristo y si hay tantos que no han recibido ese corazón nuevo transformado, es porque nosotros no correspondemos a la misión que tenemos de transmitirles la vida divina. La Iglesia está puesta para transmitir al mundo la vida divina: transmitir con la predicación del Evangelio, con la acción, con la vida vivida según el Evangelio. Transmitir la Redención al mundo. Todos los cristianos tienen que transmitir la Redención, ¡todos los cristianos!

¿Cómo se puede transmitir? ¿Cómo se vive la Redención? Mirad, hay un principio que vale para todos vosotros y todas vosotras, que es este: Todo redimido por Cristo tiene que ser redentor con Cristo. Quien ha sido redimido por Cristo, se ha hecho ya miembro de la Iglesia. Quien ha sido redimido por Cristo, ha recibido el amor de Dios, el Espíritu Santo. Y al recibir el Espíritu Santo, se ha convertido en alguien que tiene que transmitir a otros la vida divina. ¡Todo redimido por Cristo tiene que ser redentor con Cristo! Yo estoy persuadido de que, si todos los cristianos fueran fieles a su misión de colaboradores de la Redención, el mundo estaría salvado. ¡Estoy persuadido! Y por eso, creo que si el mundo no está salvado totalmente, es porque no correspondemos a nuestra misión de colaborar con Cristo a la Redención

del mundo. Por eso nos interesa mucho —y es lo que yo vengo a pedirlos a vosotros— que colaboréis a la Redención del mundo. ¿Pero podemos colaborar? Sí, por eso vengo, por eso vengo, porque podréis colaborar a la Redención del mundo.

¿Cómo se colabora a la Redención del mundo? Se colabora... Nosotros pensamos en seguida: —Aquí hay que colaborar, entonces tenemos que movernos, coger una avioneta, ir anunciando el Evangelio, ir predicando, oración..., bien. ¿Hay que hacer eso? Pues sí, quien puede hacerlo pues lo debe hacer, está bien, lo tiene que hacer, anunciar el Evangelio. Pero el anuncio del Evangelio materialmente hecho no salva las almas. Fijaos bien en esto: no salva las almas.

Un misionero que se mueve en medio de las regiones paganas del África, ¿salva más almas quizás que un cartujo que vive su vida metido en la clausura, en la Cartuja de Miraflores? No, no es verdad, ¡eso no es verdad! ¿Quién salva más almas? El que hace lo que Dios quiere de él, ese es el que más almas salva. Si Dios le quiere a uno en la soledad y si Dios le quiere a uno en la Cartuja, y él en cambio se marchara a predicar por las misiones del África, salvaría menos almas que si se quedase en la Cartuja donde Dios le llama. Y al revés, si un misionero, al que Dios quiere misionero, se retirara a la Cartuja, salvaría menos almas que si se hubiese quedado en la misión donde Dios le quiere. Por lo tanto, se trata de que cada uno

esté donde Dios quiere que esté y como Dios quiere que actúe.

Pero una cosa tengo que decir: sea cuál sea la ocupación de cada uno, esa ocupación es preciosa para la salvación del mundo, con tal de que se viva en ofrecimiento de amor. Lo que salva al mundo no es la materialidad de lo que hacemos, sino el amor con que lo hacemos. Esto es lo que es importante: ¡el amor con que lo hacemos!

Vamos a fijarnos en Jesús, y en seguida lo voy a aplicar a vosotros y vais a entender lo que el Señor os pide esta tarde.

¿Jesús cómo salvó al mundo? La respuesta es que salvó con su vida y con su muerte, con su vida, con su Pasión y con su muerte. El sufrimiento de Jesús, ¿nos salvó? No, el sufrimiento no salva, el sufrimiento no salva. La muerte de Jesús, ¿nos salvó? No, la muerte no salva, la muerte no es salvación. Entonces, ¿qué nos salvó? El sufrimiento ofrecido por Él con amor por nosotros. Eso es lo que nos salvó, el sufrimiento ofrecido por amor. Lo que nos salvó es la muerte de Jesús vivida por Él con amor, el amor con que dio su vida por nosotros. Eso es lo que nos salva.

Y eso lo hizo Jesús desde el primer instante, desde que entró en este mundo. De manera que la vida de escondimiento, los treinta años escondidos de Nazaret, fueron redentores. Tenían valor redentor porque los vivía Jesús ofreciéndolos con amor, por el amor con que ofrecía su vida escondida, su oficio de

carpintero, en el cual pasó los treinta años. Quedaos con esto: **lo que salva en Cristo es el Corazón con que vivió su vida y su muerte, amando al Padre, amándonos a nosotros y ofreciendo su vida y muerte por nuestra salvación.**

Pues bien, esto es lo que es nuestra colaboración. Nuestra colaboración, ¿cuál es? Y ahora os digo: ¿vuestra aportación a la salvación del mundo es menor quizás que la del misionero que trabaja en las misiones del África? Respondo: No, no.

Fijaos en un hecho: santa Teresa del Niño Jesús era una carmelita descalza que murió a los 24 años, 25 años. Y estuvo enferma una buena parte que estuvo en el convento. Y santa Teresa del Niño Jesús es Patrona de las Misiones lo mismo que san Francisco Javier, igual, igual. Santa Teresita y san Francisco Javier, que murió recorriendo el Japón. Murió a los 46 años y es Patrono de las Misiones. Y santa Teresita, carmelita descalza, de clausura, enferma una parte de esa vida es Patrona, con el mismo grado, de las Misiones, porque todo eso ella lo ofrecía con amor por las misiones, pensando en las misiones. Era una misionera.

¿Veis cuánta riqueza hay en esta casa para la salvación del mundo? ¡Cuántos sufrimientos tenéis que tener vosotros! Muchas veces, sufrimientos morales, sufrimientos a veces de descuido de las personas con vosotros, sufrimientos del recuerdo de lo que ha sido vuestra vida, de lo que habéis padecido

en ella. Sufrimientos, a veces, de enfermedades físicas, de imposibilidades de actuar como uno querría, el sentirse en un cierto grado un tanto olvidados de los demás o marginados... Todo eso lo lleváis dentro, estáis curtidos por la vida.

El Papa Pío XII solía pedir oraciones de los niños cuando tenía intenciones importantes. Decía que la oración de los niños era muy eficaz. A una persona santa, un sacerdote, le he oído yo decir: «La oración de los niños es muy eficaz, pero es más eficaz la oración de los mayores de edad». Era su parecer. Yo tengo la misma impresión. Yo estoy seguro de que vuestra oración es más eficaz que la de los niños, es más eficaz, porque vosotros tenéis como una vida curtida por la vida misma. Tenéis una historia sobre vosotros, tenéis ya como una lección aprendida. Y vuelve uno como a una cierta sencillez, a una cierta como desconfianza de sí mismo, a una impresión de que uno tiene una incapacidad para muchas cosas. Y entonces, esa oración, es una oración que es muy grata a Dios: la oración del que mantiene su confianza, del que recurre al Señor, del que se siente pobre. Y la vida de esta persona ofrecida con amor, aceptando las circunstancias en que me encuentro, no solo aceptando, sino ofreciéndolas con amor, ofreciéndolas.

Ofrecer es un acto de amor, es un mirar hacia el Señor. Y viéndole a Él morir en la cruz por nosotros, es decir: **¡Señor, yo te ofrezco, como Tú te ofreciste**

por mí, yo me ofrezco por Ti, por lo que es la salvación del mundo! ¡Señor, yo te ofrezco mi vida con las molestias que tiene, con las alegrías, con los trabajos, con las oraciones! ¡Mi vida, mi vida que yo vivo aquí, esa vida que parece intrascendente, que parece que es como un simplemente dejar pasar el tiempo! Yo te ofrezco mi vida, esto que para los ojos de muchos vale poco, yo te la ofrezco. **El Señor está apeteciendo ese ofrecimiento de vuestra vida, cada día.** Cada día, por la mañana: «Corazón de Jesús me consagro a Ti. Y por medio de María, te ofrezco mi vida y me ofrezco contigo al Padre en tu santo sacrificio del altar, por la salvación del mundo, por la salvación de esta zona del mundo». **Esto puede convertirse en una central potentísima de salvación.**

Esto es lo que yo vengo a pedirlos a vosotros, esto: es el ofrecimiento de lo que tenéis, de lo que sois, el ofrecimiento poniendo amor en ello. Esto no es como un quereros entretener, no, es buscar lo más rico que vosotros podéis ofrecer, que no pueden ofrecer otros más que vosotros. Y cuando os sintáis impotentes, y cuando a veces sintáis limitadas vuestras fuerzas, ¡ahí es cuando podéis ofrecer más! Y vale más porque se asocia uno más a la Pasión de Cristo y la vive uno con amor, con amor, uniéndola a Cristo.

Hace 75 años, la Virgen en Fátima venía a mostrarse a unos niños (también de nuevo la

impotencia humana): la mayor de aquellos niños era Lucía que tenía unos 10 años, luego Jacinta y Francisco, que tenían 7 y 9 años. Y la Virgen viene a esos niños a pedirles, como yo vengo a pedirlos a vosotros esto, a pedirles, que siendo unos pastorcitos perdidos en aquellas montañas, que ofrecieran su vida, que rezaran, que pidieran y que ofrecieran sacrificios por la salvación de la humanidad, del mundo. Y va a tres niños pequeños. Y le enseñó el valor que tenía ese ofrecimiento. Y les insistía, una y otra vez, que no dejaran de hacerlo, que sigan pidiendo, porque es necesaria esa oración y que hay muchos que se pierden porque nadie ora y no se sacrifica por ellos.

Pues bien, yo me imagino que la Virgen viene a pedirlos eso mismo a vosotros. No viene a pedirlos cosas raras. La santidad no está en hacer cosas raras. Lo que viene a pedirlos es ese corazón, la generosidad de corazón de, en lugar de estar rebelándose, en lugar de estar siempre como lamentándose de la situación en que se encuentra, de las limitaciones que tiene, de lo aislado que está, que toméis todo eso en amor, y lo ofrezcáis al Padre con Cristo por la salvación del mundo.

Eso es el AO, ahí está la clave. Que os inscribáis en un libro o no os inscribáis, eso interesa menos. ¡Lo que más interesa es que viváis esta entrega! ¡Que esa vida vuestra es preciosa!, ¡que la ofrezcáis!, ¡que no se pierda!, ¡que no se pierda!

Cuando uno ve estas regiones que se han enriquecido tanto, o algunos por lo menos en ellas, con esas pizarras que estaban ahí en el monte. Entonces, pues ha llegado un momento, en que se han valorado esa industria, esas pizarras, y entonces pues ya han montado unas minas en las cuales se explota toda esa riqueza. De ahí ha venido una riqueza, una riqueza inmensa para los que han podido explotarlo de esa manera.

Pues bien, yo encuentro que vuestra vida aquí es como unas minas que están ahí escondidas, que no aprovechan si no nos enseñan a extraer. Y el enseñar a extraerlas, es enseñar a ofrecerlas con amor, en esa oración que el AO enseña, en la cual lo que enseña es: ¡ofrécelo!, **¡ofrécelo!**

Mirar, ofrecer es más que aceptar, son como pasos. Me viene a mí una dificultad, yo puedo ante esa dificultad resistirme, rebelarme, incluso quizás blasfemar y rebelarme contra Dios. Y no lo acepto. Y estoy ahí como dando coces contra el aguijón.

Hay otra postura, que es la postura de decir: —No hay más remedio, pues mire, hay que resignarse. Es otra postura, ya es algo: lo acepto, lo acepto, por lo menos lo acepto.

Pero hay otra postura que es valiente, que es la de decir: ¡Lo ofrezco!, ¡lo ofrezco! Quiere decir: aquí hay una entrega mía, yo me quiero entregar en amor, yo quiero responder al amor de Jesucristo con mi amor, yo quiero ofrecerme, me ofrezco amando. **El**

ofrecimiento es amar. Y entonces el amor, en lugar de quedar apagado por esas incapacidades y limitaciones que siento, crece más. Y digo: —Me van a servir estas mismas limitaciones para ofrecerlas con más amor. El amor es tan grande que no se apaga, sino que se expresa, como la muerte de Jesús. Jesús no se quitó la vida, le quitaron la vida, pero Él la entregó. Dar la vida que nos quitan.

Pues bien, es dar la vida que nos limitan, yo la doy. Esa vida limitada, yo la ofrezco, y la ofrezco por la salvación del mundo. Y entonces, esa salvación del mundo es fecunda, es fecunda.

¿Veis? Esto es el AO. Esto es lo que yo vengo a pedir, pedir, ¡porque vale mucho vuestra vida!, ¡vale mucho que la ofrezcáis!

Ahora, supuesto este espíritu, que es lo fundamental, ¿se puede organizar esto? Se puede, se puede organizar. ¿Y entonces, qué se puede hacer? Pues se puede decir: —Yo quiero eso. Y le puede uno decir pues al responsable del centro, puede decir: —Yo quiero eso, yo me apunto a eso, yo quiero ofrecer mi vida, quiero ofrecer mis trabajos, quiero ser colaborador de Cristo, redentor con Cristo Redentor. Lo quiero, ¡apúnteme! No escribirlo en un sitio, ¡cuente conmigo!, ¡aquí estoy! Y los que toman esa decisión: —Quiero, cuente conmigo, esos son los que se pueden cuidar de una manera especial, que se junten un día del mes, el primer viernes del mes, o la víspera del primer viernes, que puedan tener un

encuentro, que puedan tener quizás un rato de adoración en el cual se refresquen esta voluntad de entrega, se animen a ella, se pongan en contacto entre sí para alentarse. Y constituyen, de esa manera, eso que podemos llamar un centro organizado del AO.

Y entonces, eso ayuda mucho para mantener el fuego vivo, para mantener ese espíritu. Lo mismo que estamos haciendo en esta charla de esta tarde, que tiene como finalidad iluminar y encender ese espíritu. Y entonces, tienen unas hojas donde está escrito ese Ofrecimiento, la recitan, la meditan. Luego la llevan consigo para hacer diariamente su ofrecimiento. Procuran enriquecerse con la fuerza de la Eucaristía, para vivir con más riqueza toda esa entrega de amor de sí mismo. Y todo un desarrollo, que viene después, de esos que, dentro de esta entidad, quieren corresponder a ese amor del Señor y quieren vivir de veras esa fuerza redentora de Cristo, siendo colaboradores de la Redención del Señor.

Esta es mi petición, este es mi ofrecimiento: que no se pierda la riqueza inmensa que hay aquí y que aproveche para la salvación del mundo. Nada más.

5.- Santo del Mes

16 de octubre

SANTA MARGARITA M.^a DE ALACOQUE

(Ejercicios espirituales religiosas 2002)

Dice el Padre Nadal, en una de sus reflexiones, hablando de la intercesión de los santos, que «los santos son más eficaces en su intercesión los días de su fiesta», que diríamos que es como un día privilegiado. Vamos a aprovechar esta fiesta, recuerdo de santa Margarita, para pedirle a ella que nos enseñe a iniciarnos en el Corazón del Señor. Y vamos a fijarnos en lo que ella misma nos enseña con su ejemplo en las manifestaciones que tuvo del Corazón de Jesús, año y medio antes de las famosas revelaciones de Paray le Monial.

Las intervenciones del Señor en la historia reconocidas por la Iglesia, son las que nos acercan y vivifican en nosotros la Revelación. Y en ese sentido acudimos a ella, que en cierta manera es una figura fundamental en la iluminación en la Iglesia de este misterio del Corazón de Cristo.

El 27 de diciembre de 1673, el día de la fiesta de san Juan Evangelista, diciembre de 1673, le desvela el secreto del Corazón, le hace reposar en su pecho. Este es el primer paso importante: Le hace reclinarse sobre su pecho. Es imagen de todo cristiano perfecto —esa imagen no es excepcional—, es imagen de todo cristiano perfecto, admitido en el ambiente eucarístico de la Última Cena, a reclinarse su cabeza en el pecho de Jesús, en el Corazón de Jesús. Es el primer punto: es hacerse contemplativo en el Corazón del Señor.

¿Qué es lo que ella percibe descansando en el Corazón del Señor? Pues lo que se le manifiesta es: —«Has herido mi Corazón», que dice el Cantar de los Cantares. Se revela —se le revela a ella y se nos revela a todos. Ella lo capta así, pero nos lo enseña para que lo captemos viviéndolo— «la pasión de Dios por el hombre, y por ti en particular». Esa es la revelación —diríamos—, lo que el Espíritu santo le recuerda a santa Margarita, y por ella a la Iglesia.

Esa es, diríamos, la manifestación: 'la pasión por el hombre y por ti en particular'. ¿Cuál es esa respuesta? Dice santa Margarita que su respuesta ante esas palabras: «Postrada en tierra le dijo como santo Tomás: —Señor mío y Dios mío». 'Postrada en tierra', es la respuesta de la manifestación de ese amor. ¿Qué hago yo ante ese amor, que realmente queda uno como golpeado por él y sorprendido y admirado? Pues, «postrada en tierra le dijo como

santo Tomás: —Señor mío y Dios mío». Es vivir la fe en concreto. La respuesta primera es pues: 'el silencio de la Adoración'.

Evidentemente, eso es lo que se refleja en la adoración eucarística: es esa revelación de amor, es ese amor expuesto, propuesto, y el silencio de la adoración. Ahí entiende lo que es el Señor. De modo que, en cada uno de nosotros la adoración tiene un sentido distinto. En el fondo refleja lo que cada uno ha captado del misterio de Cristo, del misterio del amor de Cristo. El Señor pues, nos muestra las manos y el Costado para que las 'toquemos' en cierta manera con nuestra mente, con nuestra fe y con nuestro corazón. Y cuando lo llegamos a tocar —«lo que hemos tocado del Verbo de la Vida», dice san Juan—, lo expresa en la adoración silenciosa: —«Señor mío y Dios mío». Es esa postura de adoración. Ese es el primer paso.

Pero luego, después de esto dice: 'El don del corazón', la entrega. ¿Qué 'don del corazón'? Quiere decir la transformación del corazón: ella «le da su corazón, Él lo toma, lo mete en el suyo y se lo devuelve incandescente». Lo que aparece ahí en santa Margarita es ese 'cambio de corazón'. Necesitamos ese cambio de corazón, que lo tiene que hacer Él. «Haz nuestro corazón semejante al tuyo». Él lo introduce en su intimidad y le da un corazón nuevo. Ese corazón nuevo es el que le va a llevar a la entrega de

su corazón, a la entrega de su vida, con ese corazón nuevo: Consagrarse a acoger la pasión de amor de aquel Corazón. Y le llevará a la consagración al Corazón del Señor,

Y por fin, el tercer paso de respuesta es 'la gratitud de la redamación', de la correspondencia de amor. Silencio de adoración, don del corazón, transformación del corazón, y correspondencia de amor, 'redamación': «¿Quién no amará, quién no corresponderá con amor al que así ha amado?». Esa es la redamación, la correspondencia de amor. Es lo que aparecerá muy claramente luego, en las manifestaciones o revelaciones de junio del año siguiente, del año y medio más tarde. Entonces hablará de esa redamación.



LUIS MARÍA MENDIZÁBAL OSTOLAZA, S.J.

Oración para la devoción privada

Dios Padre misericordioso, que quisiste revelarnos la profundidad de tu amor en el Corazón de tu Hijo: el mismo Corazón que modelaste en las entrañas de la Virgen María por medio del Espíritu Santo, que fue traspasado en la cruz y que ahora permanece vivo y palpitante en la Eucaristía.

Tú concediste al P. Luis M. Mendizábal, jesuita, un conocimiento ardiente y una vivencia profunda del misterio del Corazón de Cristo, e hiciste de él un infatigable apóstol, padre y maestro espiritual.

Concédeme, por su intercesión, buscar en todo tu mayor agrado, ser siempre bueno con todos, colaborar con tu Hijo Jesucristo en la redención del mundo y, si es tu voluntad, el favor que te pido (pídase).

(Padrenuestro, Avemaría, Gloria)

De conformidad con los decretos del papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

BREVE BIOGRAFÍA

El padre Luis María Mendizábal Ostolaza S.J. nació en Vergara (Guipúzcoa) el 4 de junio de 1925. Ingresó en la Compañía de Jesús en Loyola el 28 de agosto de 1940, fue ordenado sacerdote en Innsbruck (Austria) el 25 de julio de 1952, e hizo los últimos votos el 15 de agosto de 1958.

Formado en las Facultades de Teología de Sant Cugat (Barcelona), Innsbruck (Austria) y Gregoriana (Roma), con apenas 31 años fue destinado como profesor de Teología Espiritual a la Universidad Gregoriana de Roma (1956-1970). En esta época trabajó relación con algunos teólogos y padres conciliares, y se extendió pronto su fama como magnífico confesor y consejero espiritual.

Posteriormente, compaginó su actividad docente en Roma con nuevas tareas en España: fue instructor de jesuitas de Tercera Probación en Gandía (1966-1969), y dedicó muchos años al Apostolado de la Oración (1969-1994) del que fue Director Nacional, al tiempo que dirigió la revista Reino de Cristo. Colaboró en la formación espiritual de los candidatos al sacerdocio en el Seminario Diocesano de Toledo. Fue confesor en la iglesia de los jesuitas en Toledo (1994-2011), y los últimos años los vivió como colaborador en la enfermería de la residencia de jesuitas de Alcalá de Henares (Madrid), donde siguió atendiendo hasta el final de su vida a cuantos se acercaban para buscar su consejo espiritual.

Director de cientos de tandas de ejercicios espirituales e incansable apóstol del Corazón de Cristo, falleció en Alcalá de Henares el 18 de enero de 2018 a los 92 años, dejando una huella imborrable en los que le trataron por su fervor espiritual, alegría profunda, misericordia entrañable y celo apostólico.

Se ruega comunicar los favores recibidos por su intercesión a:

- Causa Padre Mendizábal (calle Alfonso XII, 1. 45002 - Toledo).
- favores@padremendizabal.com
- Más información: www.padremendizabal.com

Con licencia eclesiástica